



Centro de estudios del desarrollo

 /asuntospublicos

 @ced\_cl

## Novedades

01/02/2017

Política

**Las sorpresas no tan sorprendidas de los mega incendios forestales: Las tres C pueden ayudarnos**

27/01/2017

Política

**Aristóteles contraataca: El retorno de la amistad cívica**

20/01/2017

Política

**FREI MONTALVA EN LA HISTORIA. En el 33° aniversario de su muerte**

13/01/2017

Sociedad

**Estado del Arte de la investigación sobre inmigración en Chile III**

06/01/2017

Política

**Transformaciones de la élite política local en elecciones municipales en Chile 1992-2016**

27/12/2016

Política

**Amistad cívica: Vigencia y obsolescencia**

## Acerca de

Este informe ha sido preparado por el Consejo Editorial de [asuntospublicos.cl](http://asuntospublicos.cl).

©2000 [asuntospublicos.cl](http://asuntospublicos.cl).  
Todos los derechos reservados.

Se autoriza la reproducción, total o parcial, de lo publicado en este informe con sólo indicar la fuente.

# Informe 1276

## Política

01/02/2017

**Las sorpresas no tan sorprendidas de los mega incendios forestales: Las tres C pueden ayudarnos**

Guillermo Espinoza<sup>1</sup>

Chile es un país de catástrofes. Lo demuestra la historia e incluso la mitología de habitantes de este territorio ya instalados desde antes de la llegada de los españoles. Hay relativo acuerdo entre especialistas que el mito de las serpientes Caicai y Tenten Vilu en Chiloé no es otra cosa que una explicación de la presencia de terremotos y tsunamis junto con una serie de pautas de comportamiento para enfrentarlos. Una conclusión actual es que los chilotes tienen cultura ante los riesgos y sabían cómo reaccionar frente al último gran sismo.

Una catástrofe es una situación de connotación eminentemente humana. Se pueden resumir como un desajuste entre actividades, bienes y personas con unos estímulos que detonan dificultades al interrumpir lo cotidiano y generar daños a la sociedad. Algunos hablan que son situaciones "no normales" basándose en los escasos registros existentes, que siempre son cortos frente a este tipo de situaciones, y que ocultan la frecuencia de estos fenómenos. Esos estímulos son naturales (ejemplo, los sismos) y/o de origen humano (ejemplo los incendios). Hay largo registro en el país sobre la recurrencia de desastres; tenemos casi todos los estímulos del planeta salvo los huracanes y su presencia es una constante desde antes y después de lo que llamamos actualmente Chile. El país muestra desidia para reconocer la dinámica de su territorio.

El territorio se construye; en este caso Chile es un constructo entre sus características naturales y las intervenciones humanas. En esta construcción, muchos estímulos pueden generar desastres si no han sido incorporados como elementos decisivos de nuestra realidad. El territorio se ve afectado en forma recurrente por estímulos que ponen a prueba la capacidad de respuesta del país para evitar riesgos e implicancias sobre las personas y diversos componentes del desarrollo. Existen datos sobre los grandes costos en reconstrucción que ello tiene y también sobre el desvío de recursos, que son necesarios para abordar otros problemas relevantes, hacia la reparación de daños y la recuperación de la llamada "normalidad".

<sup>1</sup> Geógrafo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Consultor internacional. Líder Área de Sustentabilidad Ambiental y Social, Centro de Estudios del Desarrollo, CED.

El país ha ido desarrollando capacidades de respuesta ante las emergencias las que, por supuesto, son bastante más frecuentes que la eventualidad con que se las asume. Muchos procesos de sequías, por ejemplo, pasan desapercibidos porque afectan a chilenos puntuales sin capacidad de voz y escasa significancia en los votos. Sin embargo, su presencia genera respuestas que son “parte de la idiosincrasia nacional”; es aquí cuando la solidaridad entre actores se torna en un apreciado bien común de los chilenos. Los hijos del rigor se recuperan una y otra vez ante las emergencias, son solidarios, pero no las corrigen; la historia muestra que sigue afectándolos de manera recurrente sin entender por qué nos empeñamos en construir más capacidades de respuesta y menos de prevención ante estos eventos llamados extremos que son parte de la historia de Chile. Las acciones preventivas, que cruzan a la sociedad, tienen aún poca importancia; lo mismo que las evaluaciones posteriores a los desastres que permitirían un aprendizaje para “hacer mejor las cosas” frente a los próximos estímulos que estamos seguros que nos afectarán. Este es un tema cultural que nos caracteriza como chilenos; reaccionamos ante la adversidad pero hacemos poco para prevenir los efectos que ella conlleva. La solución es de largo plazo y va más allá, por ejemplo, de crear un ministerio de las catástrofes (típica solución burocrática que no aborda los temas de fondo) o de no evaluar antes los costos de los desastres.

Los incendios en Chile son provocados por acciones humanas. Se estima que en más del 95% de los casos tienen ese origen; incluso se plantea que se llega a un 99% de los casos. O sea, los incendios son provocados por nosotros mismos; lo que varía es la intencionalidad de su origen y las razones que explican el fuego, pero las causas son casi siempre humanas. No hay otros culpables significativos en la presencia del fuego en Chile; los volcanes suelen hacer aportes puntuales en la quema de vegetación. Lo anterior permite concluir que si hay desastres que se pueden manejar en el país son precisamente los incendios; su origen, sus causas, sus afectaciones y las medidas para prevenirlas son de responsabilidad de los hombres y mujeres que habitan este territorio llamado Chile.

En el país se ha usado el fuego desde hace siglos y en particular desde los procesos de colonización. Conaf, en su página web Comunidad de Prevención de Incendios Forestales, indica que en la “Historia y Geografía Natural y Civil del Reyno de Chile” del padre Felipe Gómez (1748, citado por ELIZALDE 1970)<sup>2</sup> señala que se siguió ejemplo fiel de España: *“El calor proviene de las malísimas prácticas que se tiene de incendiar los bosques con el fin de ahorrar fatigas en cortarlos para tener tierras nuevas. El gobierno debe prohibirlo porque luego se comunica a posesiones de vecinos y quema lo que no había de quemar, no quedando exentas ni aún las casas. En Chile no se toma la más mínima precaución, cada uno se cree dueño de hacer uso de estos incendios sin responsabilidad, ni al Gobierno ni al daño ajeno”...“Lo que sucederá de esto es que al cabo de unos años habrán acabado con ellos, y Chile que ahora podría proveer a todo Europa de las maderas excelentes, no tendrá ni aún para sí”*. También muestra que según DONOSO (1981)<sup>3</sup>, el fuego de origen histórico comienza con la llegada de los primeros conquistadores españoles. Indica que Federico Albert contabilizó 11 millones de hectáreas de bosques quemados y destruidos desde la llegada de los españoles hasta comienzos del siglo XX. Todas estas situaciones de grandes incendios forestales, en sus inicios llamados roces a fuego para “abrir tierras”, se vieron favorecidas por la presencia de épocas con condiciones de sequías altamente favorables para la propagación de los incendios.

<sup>2</sup> Elizalde, R. (1970). La sobrevivencia de Chile. Ministerio de Agricultura, SAG., Santiago.

<sup>3</sup> Donoso, C. (1982). Reseña ecológica de los bosques mediterráneos de Chile. *Bosque*, 4(2), 117-146.

Los millones de hectáreas quemadas en la Patagonia y otras zonas del país son mudos testigos de esos desastres que en silencio culposo recuerdan nuestras malas costumbres. Eso ha sido parte de prácticas institucionales de ocupar el territorio. Aunque no tan masivas ahora, ellas siguen usándose en la habilitación de campos de cultivo con las llamadas quemadas agrícolas. El desapego con el fuego se nota; muchos incendios son originados por fogatas descontroladas, por cigarrillos encendidos que son botados en zonas de riesgo, por el abandono de vidrios que actúan como detonantes, por la elaboración de carbón con fuegos que pueden descontrolarse, etc., etc. O sea, el fuego “ha sido usado” como herramienta para “solucionar” muchas situaciones y obviamente a partir de ellas se han creado dificultades mayores como se está viendo en estos días. El uso del fuego es una práctica histórica utilizada en Chile y los incendios un resultado cotidiano de ellas que afectan la vegetación todavía sin gran importancia para los chilenos. Felizmente eso está cambiando y ahora si iniciamos la preocupación por nuestro patrimonio natural y cultural.

¿Qué hay de nuevo en esta catástrofe generada por los incendios descontrolados?:

a) Se están quemando alrededor de 400 mil has en al menos 6 regiones (o sea la extensión y magnitud es un factor crítico; según las estadísticas se queman 50 mil has por temporada como promedio con oscilaciones que van entre 10 mil y 100 mil ha; pero el 90% de los casos se extinguen con superficies menores a 5 ha);

b) se afecta a una gran cantidad de personas de Chile central dado el crecimiento demográfico, el mayor uso de espacios rurales y los terrenos ocupados con fines productivos (o sea, el fuego cerca de las personas y sus bienes);

c) las dudas sobre el origen y la forma planificada con que se ha desencadenado y evolucionado el fuego que migra rigurosamente desde el norte hacia el sur concentrado en unos pocos días (o sea, sospechas de intencionalidad planificada);

d) la posibilidad de ver en vivo y en directo por medio de la tv y las redes sociales el comportamiento del fuego, casi como un “reality” (o sea, el fuego en el living de las casas).

El resto de los elementos, como las recriminaciones sobre las capacidades institucionales disponibles, la demora en la respuesta, las profusión de soluciones temporales, la preocupación por la reconstrucción, la búsqueda de responsables que asuman la desidia, la presencia de los hablantes de turno, etc., ya las conocemos; son históricas y parte del juego sin solución instalado en el país. Y;

e) también es importante recalcar que estamos en año electoral y por consiguiente, la necesidad de considerar todo lo que ello significa en un clima político tóxico, en una esfera pública donde abunda el hablar falso y que ha perdido la mínima amistad cívica que demanda el régimen democrático.

Entonces, la respuesta es encontrar responsables a quien culpar por la desidia de la sociedad. CONAF ha sido heroica en el manejo del fuego pero queda en duda su capacidad; si tuviera más recursos obviamente lo haría mucho mejor. Los bomberos responden con un esfuerzo y un compromiso sobrehumano pero el problema relevado es que no tienen dedicación exclusiva; incluso no pocos ponen en duda su profesionalismo. Nada se dice de la sociedad causante de los incendios y quien debe cambiar su comportamiento para iniciar una gestión efectiva de estos desastres. Con esta irresponsabilidad, intencional o no, no hay institución ni gobierno que pueda responder con eficiencia. Los chilenos, cada vez más urbanos,

conocemos cada vez menos nuestro territorio y por ello no lo valoramos, no lo cuidamos, ni tomamos precauciones para ocuparlo de manera sustentable (construimos adentro de las cauces o, en este caso, cerca de zonas boscosas sin resguardos frente a incendios, o no mantenemos limpias las franjas de tendidos eléctricos, etc., etc). Claro, reaccionamos cuando las cosas se vuelven en contra de nosotros mismos y buscamos culpables, sin reconocer que esta forma de ocupar el territorio es parte de una cultura que no ha internalizado los conceptos de prevención y anticipación de consecuencias.

Las catástrofes son un factor crítico de carácter estratégico nacional que tiene componentes culturales, educativos, sociales, económicos, ambientales, geopolíticos, etc. Por lo tanto, ameritan una respuesta general del país y un abordaje que va mucho más allá de la emergencia. Las localidades devastadas cuentan con permisos de construcción, son “diseñadas” para que la gente viva en ellas, son abastecidas, etc.; ¿pero alguien mira si son seguras y/o revisa a que riesgos están expuestas, o cómo se debería reaccionar y que capacidades de respuesta se necesitan? Parece que poca es la preocupación y la historia es lapidaria. Ante las emergencias vienen las respuestas recurrentes, como el avión super tanker, poniendo escasa atención real sobre razones de por qué las capacidades disponibles son superadas por la realidad. Dejamos las soluciones a recursos que puedan disponerse desde la beneficencia y desde las originalidades de los multimillonarios, y por qué no, a que la naturaleza provea de lluvias abundantes que se conviertan en la solución enviada por nuestros patronos protectores.

Es claro que el país necesita organizarse para enfrentar estos temas claves para su desarrollo en forma sustentable. ¿Si las personas viven en país inseguro serán alguna vez felices? ¿Se sentirán parte de una sociedad desarrollada? De una vez hay que pensar en soluciones integrales y no seguir con la vieja discusión inconducente de tener una institución a quien echarle la culpa de nuestros pecados como sociedad, poco previsora y con escasa conciencia de las bondades y riesgos de su territorio; y de paso desandamos lo avanzado en instituciones clave para enfrentar incendios como Conaf y Bomberos.

Decisiones trascendentes como esas no se toman en pleno desarrollo de emergencias tan graves como la actual; se analizan con calma en su integralidad y se trabajan desde ya con la sociedad para crear una cultura de gestión de desastres que es mucho más que llevar las cuentas de muertos, heridos y damnificados, muchos más que habilitar albergues, mucho más que saber cómo se apaga el fuego. Es un tema de sustentabilidad, de usar bien nuestros recursos, de construir territorios seguros, de prevenir consecuencias indeseadas; o sea, es un tema estratégico de importancia nacional.

Hemos trabajado en lo urgente pero no en lo estratégico. No hay mejor gestión de desastres que aquel que no se produce aun cuando existan los estímulos suficientes para afectar a la población y su territorio. El cambio climático aparece como un nuevo culpable, pero no se conoce aún que éste genere fuego alguno; solo amplifica las condiciones para que se desarrollen los incendios. Por tanto, debemos asumir la tarea titánica de revisar cómo se comportará el territorio ante el cambio climático, tomando las medidas respectivas para no asumirlo como el nuevo culpable que justifique nuestra escasa capacidad de prevención.

Sin dudas ahora controlaremos los incendios desgarradores, como lo hemos realizado a lo largo de la historia; es probable que demos por superada la emergencia cuando se reconstruyan las casas. ¿Pero qué pasará con el forraje de los animales, las fuentes de aguas para comunidades campesinas, las fiestas tradicionales que se celebraran para los turistas, las cosechas perdidas, la recolección de hongos y moras que son fuente de sustento, la producción de carbón para el invierno, la reconstrucción de pequeñas viñas

de secano, etc., etc?; que pasará con los ecosistemas emblemáticos de Chile como lagunas para pájaros migratorios, provisión de agua para los animales, ecosistemas emblemáticos como los bosques de riuiles, etc.

Es bueno que seamos capaces de dar un salto al desarrollo con mayúsculas, donde construyamos un territorio como copia feliz del Edén y donde el puro Chile es tu cielo azulado no sea interrumpido por el humo de los incendios. Las **3 C** son válidas en desastres como el que estamos presenciando en la actualidad: es conveniente que iniciemos el paso desde “Chilenos **Contra Chile**” hacia “Chilenos **Cuidando Chile**”; una casa segura requiere que sus habitantes estén conscientes de sus derechos y deberes. Ese es el paso natural de pobladores típicos del subdesarrollo hacia ciudadanos que conocen las bondades y restricciones de su territorio para asegurar un buen presente y un mejor futuro.

Lo anterior parece fácil, pero los chilenos estamos apostando a lo más difícil que es responder una vez que los problemas están desencadenados; o sea, hemos priorizado las emergencias en desmedro de la prevención y está demostrado que eso es mucho más costoso en términos sociales, económicos y ambientales. ¿Una nueva institucionalidad que asuma las malas o ausentes respuestas de la sociedad será la solución a nuestros problemas y nos pasemos años construyéndola y reasignando funciones mientras los desastres nos caen encima una y otra vez? O más bien será que necesitamos adoptar una cultura de gestión de desastres, con un liderazgo institucional y una adecuada capacidad de prevención y respuesta desde los individuos hasta la sociedad en su conjunto. En Huerta del Maule los campesinos se organizaron y están controlando el fuego con la ayuda de bomberos y las brigadas forestales.

Chile es posible; los bomberos y la CONAF son evidencias que, aun sin los recursos suficientes, se abordan los desafíos supliendo las debilidades con el rigor y esfuerzo que nace desde el “corazón de chileno”, uno de nuestros grandes valores. Los campesinos afectados han construido señales culturales interesantes. ¿Seremos capaces de poner los bueyes antes de la carreta en vez de pelearnos por quién es el mejor experto para empujar la carreta?; la sabiduría campesina puede ser importante para dar respuestas modernas a una realidad presente en Chile desde antes de Chile. Este no es solo un problema de adquirir aviones super tanker para usarlos de vez en cuando; es un problema de desarrollo al que tenemos que darle sustentabilidad para estar más acorde con nuestra condición de país OCDE. Lo que necesitamos es una institución líder y los recursos suficientes, que organice a la sociedad, de acuerdo a sus necesidades reales y con sus capacidades públicas y privadas en conjunto, para enfrentar los riesgos de su territorio convirtiéndolos en oportunidades de bienestar y calidad de vida para todos los chilenos. Todo ello sin olvidar que los desastres discriminan también a los más débiles y que son un elemento de inequidad.